

Sentarse



Se le apareció el Señor en la encina de Mambré
estando él sentado a la puerta de su tienda
en lo más caluroso del día.
Gn 18, 1

Cuándo? y Para qué ?

También el herrero sentado junto al yunque,
atento a los trabajos del hierro;
el vapor del fuego le requema la carne,
y en el calor de la fragua se fatiga,
el ruido del martillo le ensordece,
y sus ojos están fijos en el modelo del objeto;
se esfuerza por concluir su obra,
y pasa sus noches puliendo todos los detalles.

Igualmente el alfarero sentado a su tarea,
haciendo girar el torno con sus pies,
continuamente preocupado por su trabajo,
y ocupado en producir un buen número de piezas;
con su brazo moldea la arcilla,
con sus pies ablanda su dureza;
se esfuerza por acabar el barnizado,
y pasa sus noches limpiando el horno.



Todos éstos confían en sus manos,
y cada uno es sabio en su oficio.
Sin ellos no se podría construir una
ciudad, ni se podría habitar ni circular por ella.

Pero no se les busca para el consejo del pueblo,
ni ocupan puestos de honor en la asamblea.
No se sientan en el sitial del juez,
ni comprenden las disposiciones del derecho.
No son capaces de enseñar ni de juzgar,
ni se cuentan entre los que dicen máximas.
Pero ellos aseguran la creación eterna,
y su oración tiene por objeto las tareas de su oficio.
Si 38, 28-36

Dónde? y Para qué?



Aquel día, salió Jesús de casa y **se sentó a orillas del mar**. Y se reunió tanta gente junto a él, que hubo de subir a sentarse en una barca, y toda la gente quedaba en la ribera. Y les habló muchas cosas en parábolas. Mt 13, 1-3

Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, y se postró como para pedirle algo. Él le dijo: «¿Qué quieres?» Dícele ella: «Manda que estos dos hijos míos **se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda**, en tu Reino.» Replicó Jesús: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber?» Dícenle: «Sí, podemos.» Díceles: «Mi copa, sí la beberéis; pero sentarse a mi derecha o mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado por mi Padre.» Mt 20, 20-23

Llegan a Jericó. Y cuando salía de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una gran muchedumbre, el hijo de Timeo (Bartimeo), un mendigo ciego, estaba **sentado junto al camino**. Mc 10, 46



Dónde? y Quién?

Notando cómo los invitados elegían los primeros puestos, les dijo una parábola:

«Cuando alguien te invite a una boda, no te pongas en el primer puesto, no sea que haya invitado a otro más distinguido que tú y, viniendo el que os invitó a ti y a él, te diga: 'Deja el sitio a éste', y tengas que ir, avergonzado, a sentarte en el último puesto. Al contrario, cuando te inviten, vete a **sentarte en el último puesto**, de manera que, cuando venga el que te invitó, te diga: 'Amigo, sube más arriba.' Y esto será un honor para ti delante de todos los que estén contigo a la mesa. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.» Lc 14, 8-11



El Señor derribó del trono a los poderosos,
y en su lugar **hizo sentar a los sencillos**.
El Señor arrancó la raíz de los soberbios,
y en su lugar plantó a los humildes.
Si 10, 14-15

Dónde? y Con quién?

Feliz quien no sigue consejos de malvados
ni anda mezclado con pecadores
ni en grupos de necios toma asiento,
sino que se recrea en la ley del Señor,
susurrando su ley día y noche.
Sal 1, 1



Dijo también al que le había invitado:
«Cuando des una comida o una cena, no llames a
tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes,
ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos te inviten a
su vez y tengas ya tu recompensa. Cuando des un
banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los
cojos, a los ciegos; y serás dichoso, porque no te
pueden corresponder, pues se te recompensará en
la resurrección de los justos.» Lc 14, 12-14

¡Ay de vosotros, los fariseos, que amáis **el primer asiento** en las sinago-
gas y que se os salude en las plazas! ¡Ay de vosotros, pues sois
como los sepulcros que no se ven, sobre los que andan los hom-
bres sin saberlo!» Lc 11,

Cuando? y En dónde?



Salió de nuevo por la orilla del mar, toda la gente acudía a él, y él les enseñaba. Al pasar, vio a Leví, el de Alfeo, **sentado en el despacho de impuestos**, y le dice: «Sígueme.» Él se levantó y le siguió. Mc 2, 13-14

Al vencedor le concederé **sentarse conmigo en mi trono**, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Ap 3, 21-22



Bendito tú, que sondeas los abismos **sentado sobre querubines**,
alabado y ensalzado por los siglos.
Dn 3, 55

Con quién? y Para qué?



Al cabo de tres días, le encontraron en el Templo **sentado en medio de los maestros**, escuchándoles y haciéndoles preguntas; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron quedaron sorprendidos y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando.» Él les dijo: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio.

Lc 2, 46-50

Vino a Nazará, donde se había criado, entró, según su costumbre, en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías, desenrolló el volumen y halló el pasaje donde estaba escrito:

*El Espíritu del Señor sobre mí,
porque me ha ungido
para anunciar a los pobres la Buena Nueva,
me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.*

Enrolló el volumen, lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy. Lc 4, 16-2

Cuando? y Porqué?



Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, **estaba sentado junto al pozo**. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dice: «Dame de beber.» Jn 4, 6-7

Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le rogaron insistentemente: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.» Entró, pues, y se quedó con ellos. **Sentado a la mesa con ellos**, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su vista. Se dijeron uno a otro: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» Lc 24, 28-32



Cómo?



¿Qué es eso que sube del desierto,
parecido a columna de humo,
sahumado de mirra y de incienso,
de polvo de aromas exóticos?
Es la litera de Salomón,
escortada por sesenta valientes,
la flor de los valientes de Israel:
todos son diestros con la espada,
todos adiestrados en la guerra.
Cada uno con su espada a la cintura,
por temor a las alarmas de la noche.
El rey Salomón
se ha hecho un palanquín
con madera del Líbano:
de plata sus columnas,
de oro su respaldo,
de púrpura su asiento
su interior, tapizado con amor
por las hijas de Jerusalén.
Salid a contemplar,
muchachas de Sión,
al rey Salomón,
con la diadema con que su madre lo
coronó
el día de su boda, gozo de su corazón.
Ct 3, 6- 11

Oración



No sé dónde te he leído,

no sé dónde te he escuchado.

No sé en qué momento o circunstancia,

sí era de día o de noche.

No sé en boca de quien,

si era conocido o no.

No sé ni cuándo, ni cómo,

si fue en voz alta o en el silencio.

Pero aunque no sé nada,

si sé que sentada a tu lado estaba.